



**La penúltima
Atalaya**

Guillermo Zapata Romero

La penúltima Atalaya

– El problema de los pedagógicos es que no reflejan bien – dijo Axtoria – pero para montar la Atalaya los necesitamos.

Luego me miró.

– ¿Tú eres pedagógico? – dijo Axtoria.

– Irónico – respondí sin un ápice de ironía. Ella torció el gesto.

– Ahora todo el mundo es irónico – lo dijo con tono de derrota.

Iba a decir que Kanan, NiñaDulce, CuchillaAndante y Forama eran todos irónicos, la primera generación era casi toda irónica. Pero no lo dije. Ella ya lo sabía.

– En realidad no estoy seguro de ser irónico. Lo que sí sé es que no soy pedagógico. Es demasiado lento y hay que buscar mucha información. Soy más rápido.

– ¿Cómo de rápido? – me dijo.

– Bastante.

Era verdad.

– ¿No serás un zasca? – dijo, y el rostro se le desfiguró en una pose de asco – con un zasca no se puede construir una atalaya. Todo va sobre ellos mismos.

– No. No lo soy.

Era sólo parcialmente cierto. Había empezado como zasca. Casi todas las terceras generaciones que reflejábamos bien éramos zascas. Sobre todo los chicos. Las chicas eran más cooperadoras. Había también zascas, pero menos. Y también había chicos cooperadores, pero menos, porque no refleja bien. Al menos no al principio. Y las atalayas eran, sobre todo, lugares de paso para generar energía suficiente para ir al otro lado. Eran como filos de navaja, debían ser ágiles y cortar la niebla.

– Los zascas sólo quieren que se les vea. Para ser un zasca es mejor ser influencia. Duran más.

– Es más lento también.

– Hay que persistir – dijo – es más bien un trabajo, ¿no?

Axtoria era una generación bastante abierta. Consideraba a los influencia como aliados aceptables. La primera generación jamás habría aceptado algo así.

– ¿Eres locus o imag?

Me habría encantado decir imag, pero sabía que no era cierto. No se me daba mal, pero no era bueno, bueno de verdad. Ninguno en el grupo lo éramos. Quizás eso decía mucho más sobre nosotros que ninguna otra cosa. Quise preguntarle si era cierto que había gente que estaba reflejando sólo con el movimiento de su cuerpo, haciendo signos, gestos, bailando. Pero creí que le pondría triste o de mal humor.

– Locus.

– Nos vendría bien algún imag decente, al menos como señuelo.

– Hay un amigo que es bueno en eso – dije, pero sin mucha convicción.

Ella no respondió. Parecía estar mirando a algo que no era yo en su propia pantalla.

– Mañana a las nueve. Tengo que dejarte.

Cerró la conversación. Me quedé sólo, flotando en el vacío. Era agradable. Cada vez disfrutaba más de la oscuridad y el silencio. Decidí quedarme ahí un tiempo y repasar el plan. Al día siguiente un equipo de doce personas intentaríamos armar una atalaya en medio de la niebla.

La primera generación, quienes encontraron el faro en primer lugar, construían atalayas enormes. Habían escapado del mundo analógico cuando apareció el faro. Bueno, la historia es más larga y complicada, pero yo no conozco los detalles. Antes del faro había versiones anteriores, más abiertas. Lo llamaban el archipiélago y el bazar. Pero cuando llegó el faro todo cambió. Cuando llegó el faro, la primera generación pensó que podría escapar del horror del mundo analógico y usar la niebla que rodeaba al faro para cambiarlo todo. Las atalayas de la primera generación eran enormes y podían refugiar a decenas de miles de personas en la niebla. Por lo que sé, en las primeras generaciones no había muchas preguntas sobre la naturaleza del faro y la niebla, sólo sobre su funcionamiento y potencia. La pregunta siempre era, ¿cómo podemos reflejar mejor, ampliar las atalayas y fugarnos en ellas del mundo analógico?

La primera generación creía que los actuales debates sobre la naturaleza del faro no eran más que egologos, discusiones narcisistas de auto-proyección en la niebla. Acusaban a los egológicos de utilizar la crítica al faro para reflejar y proyectarse. Si tanto odio le tenían al faro y la niebla, decían, no tenían más que buscar otros caminos para hacer llegar su mensaje. Tan sencillo como eso. Había otros caminos, pero no eran tan potentes. El faro reunía a mucha, mucha gente.

Yo no sé. No tengo una opinión tan formada, la verdad. Al principio el faro no era más que algo divertido y satisfactorio. Luego se fue volviendo una ocupación a tiempo completo. Bueno, llamarlo ocupación no es del todo adecuado. El faro no proporcionaba recursos. Al menos no

de manera directa. Todos teníamos nuestros trabajos y sólo una parte muy pequeña de reflejantes (desde luego no era mi caso) conseguían reflejar lo suficiente como para que les sirviera económicamente. Algunas de las atalayas comerciales conseguían agrupar suficiente gente en la niebla como para ser atractivas fuera de la niebla, donde estaban los recursos.

En principio se supone que se trata de eso. Reflejar, construir atalayas, que las atalayas irradien calor suficiente para dispersar la niebla y que en el exterior llegue tu mensaje y la gente pueda salir de la niebla a través de tu atalaya y volver a ella desde tu atalaya. En principio esa es la idea. Mi amiga Yurxa diría que cuando la gente pasa más tiempo ocupada mentalmente con lo que pasa en la niebla que con lo que pasa fuera, las atalayas ya no sirven. Ella era una cooperadora exterior. Solíamos discutir por eso. En una cosa tenía razón. Yo notaba que, cada vez más, mis intentos de reflejar se basaban en cosas que habían pasado en la propia niebla y el propio faro. El reflejo es el mismo, incluso muchas veces es mayor, pero la energía que se genera no es tan fuerte, más que sacarte de la niebla te mantiene en ella.

Yo nunca estuve en una atalaya de las grandes. Las he visto, claro, pero cuando ya estaban abandonadas. Todas se pueden visitar de manera bastante sencilla usando cualquier dispositivo de búsqueda, pero da un poco de mal rollo pasar por allí. Son como carcacas vacías, con restos de fonemas o imágenes, algún repetidor que aún entra a comentar algo y poco más. A veces, en la entrada se pueden ver sus grandes mensajes de antaño, como restos de una civilización abandonada, pero ya no hay energía suficiente para salir de la niebla desde allí. Algunas están totalmente muertas y otras, quizás las más tristes, siguen emitiendo mensajes e intentando reflejar, sin conseguirlo. Normalmente porque uno o dos primera generación siguen atados a esas enormes máquinas sin vida. Es como visitar una tumba de palabras. Para alguna gente tiene su encanto, pero a mí, ya digo, me da mal rollo.

Las atalayas se quedan perdidas porque la niebla se mueve. Eso la primera generación no lo sabía. Pensaba que el faro y la niebla eran un espacio limitado y que bastaba con ocuparlo, pero el reflejo no funciona así. Al reflejar, la propia niebla cambia, y para mantener el reflejo es necesario ir mutando. Y la niebla muta más rápido y se mueve con más velocidad que las atalayas. Un tercera generación sabe que una atalaya es, con toda seguridad, la defensa mínima durante un periodo de tiempo limitado, probablemente breve.

Todo ha cambiado. La cantidad de reflejantes ha crecido tanto que muchos días es como si el reflejo del faro te quemara en la cara. Y además parece que desde el exterior de la niebla también se puede disipar. Si tienes energía suficiente puedes calentar la niebla e irrumpir sin necesidad de reflejar desde el interior para armar la atalaya.

Pero si no tienes recursos, como es nuestro caso, si sólo te tienes a ti mismo y algunos compinches, nietos de la primera generación, lo que te queda es organizarte, saber reflejar bien y tener suerte.

Sobre todo lo de la suerte.

- ¡Hay de todo ahí dentro! Deberíamos suspender.
- ¡Eso no se discute, Coop6, entramos en dos!

Fuera de la niebla el grupo de 12 funciona en pie de relativa igualdad. Yo soy el último en llegar, así que no tengo tanta importancia como Karten, ni hablo tan bien como Unicorn o se me respeta como a Palas, pero las decisiones las tomamos juntos. En el interior de la niebla somos dos unidades de cooperación, quien dirige el asalto es Axtoria, que en ese momento usa el alias “JefaCoop”. El resto somos Coop2, Coop3, etc. Hasta doce. Quien grita es Coop6, que no vio claro lo de la Atalaya desde el principio, pero JefaCoop está cumpliendo el mandato del grupo, así que no se discute mucho más.

Al entrar la sensación es la de acercarte a toda velocidad a un caleidoscopio infinito que se mueve a toda velocidad. Las buenas noticias es que hay actividad cercana suficiente para que cuando despleguemos la empalizada se nos vea y los enjambren nos protejan. La mala es que un influencia ha metido la pata haciendo no-se-qué-mierda y casi toda la atención disponible está sobre él.

JefaCoop despliega al grupo. Está ella coordinando, Coop2 a Coop4 son pedagógicos, de Coop5 a Coop8 somos irónicos. Yo soy Coop7. Coop8 es irónico, pero además es muy buen imag, lo cual siempre es una ventaja. Coop9 es una influencia pequeña, que nos hará de gancho. Coop9 y Coop10 son segundas generaciones (igual que JefaCoop) con lo que tienen más experiencia y hacen un poco de todo, además sus usuarios en la niebla son más conocidos. No son influencia, pero sí tienen reconocimiento. Coop12 es un primera generación reconvertido. Hace tiempo que no usa su nombre de PrimGen, sino que tiene uno nuevo con menos reconocimiento, pero tiene mucha experiencia tejiendo atalayas y, si la cosa va muy mal, siempre puede loguearse de su antiguo usuario y echar una mano. Es una bala que tenemos por si la cosa va muy mal. En cualquier caso Coop12 sabe muchísimo de empalizadas. Estuvo en la fundación de dos de las que ahora flotan en la niebla. Es una leyenda. Para ti seguramente no, pero para mí sí. Y para los que son como yo. Así que cállate, ¿vale? Respeta.

Empezamos lanzando las primeras señales de texto e imagen informando de la creación de la empalizada. Reflejamos la luz del faro sobre la superficie de nuestras carcasas digitales y disparamos mensajes como mejor sabemos. La primera fase se parece a la danza de un animal, es como un cortejo, como una mariposa que despliega sus plumas. Nuestras comunidades cercanas empiezan a reflejar. El principio funciona muy bien y conseguimos réplicas e incluso durante quince o veinte segundos llegamos a ser un enjambre de 30 unidades reflejando. Eso hoy es bastante. La mirada se amplifica y la atención empieza a girar. La empalizada aparece al norte, muy levemente, aún apenas una imagen residual o un glitch. Si no es lo suficientemente alta y consistente caerá más tarde. Hay que hacerla crecer y reforzarla.

Entonces empiezan los problemas. Un usuario de la segunda generación de una empalizada lejana nos ve y se desplaza hacia sus comunidades. Si un grupo grande viene a evitar que arremos la empalizada es probable que quede tocada para siempre.

– Coop5 y 6, neutralizar a pescador.

Llamamos pescadores a la gente de otras empalizadas que sale de sus comunidades para conseguir reflejar en la pelea con una comunidad contraria o distinta. Normalmente son molestos y con una barricada armada y consistente los puedes bloquear, pero si te atacan con algo de fuerza mientras construyes... Lo dicho, es un problema.

Me da un poco de rabia que JefaCoop no me haya mandado a por él, porque creo que podría neutralizarle bien, pero todo va demasiado rápido como para quejarme. Además he conseguido que se nos unan dos usuarios más. Quieren entrar a construir gracias a un mensaje que he lanzado yo. Era una comparación irónica con dos imágenes, del tipo “Dos imágenes juntas se entienden mejor”, pero añadiendo las coordenadas de la empalizada. Como diciendo “Si quieres algo distinto a esto, ve en esta dirección”. Y ha funcionado. Con lo que solicito permiso para incorporar a Coop7B y a Coop7C, que dependerán de mí para moverse. JefaCoop autoriza y entre las tres cuentas nos ponemos a desarrollar la pared noroeste de la Atalaya.

Mientras tanto, Coop5 y Coop6 están aturdiendo al pescador y yo entiendo porque JefaCoop les ha mandado a ellos: ya le conocen. Le lanzan mensajes que le interpelan personalmente, le enredan y cortan el paso, con lo que empieza a reflejar sobre ellos y no sobre su propia comunidad. Cuando pide ayuda ya no es por la empalizada, sino para que le defiendan, y la construcción de la empalizada sigue su curso.

La primera generación podía construir una atalaya en diez minutos, la presencia era tan intensa que atraía muy rápido. Ahora, con suerte y si todo va muy bien, tardas varios asaltos. Ese es el problema fundamental. Si todo el mundo está atendiendo a las influencia o reflejando entre sí, la niebla o bien está muy concentrada en puntos distantes a la atalaya o muy fragmentada. No hay buenas corrientes para reflejar porque no se da una especie de... no sé como llamarlo... mensaje común que permita hacerlo. Peor aún, si el reflejo es rápido y va bien, en seguida la atalaya empieza a emitir su propia energía y atrae atalayas contrarias. La primera generación fue a la niebla para asaltarla y volver a la realidad con el mayor número de gente posible. Salió bastante bien, casi conseguimos escapar del todo, pero no llegamos a irnos. Al contrario, lo que pasó es que la propia niebla se volvió atractiva. Quizás mi amiga Yurxa tenía algo de razón. Quizás el propio faro pretendía usar la niebla para mantenernos allí. Todo eso era cierto. Tan cierto como que la niebla seguía siendo una herramienta de un potencial enorme.

¿Cómo lo sabía? Porque cuando cayeron las atalayas de la primera generación y surgió la segunda, empezaron a aparecer otras formas de estar en la niebla. Una de ellas, por cierto, nos estaba atacando con sus mejores armas.

– ¡Calamares!

El grito de Coop9 hizo que me pitara el intercomunicador con un acople muy molesto. “Joder”, pensé. Estaba tan embelesado en la construcción del lado noroeste que me había despistado. Venían tres calamares por el flanco. Inmediatamente, casi por instinto, Coop7B se dio la vuelta y se tiró a por ellos. Un error. Teníamos menos fuerza para construir y nos iba a hacer perder el tiempo de una forma preciosa. Pero era casi inevitable. Odiábamos a los calamares como ellos nos odiaban a nosotros. Si nosotros reflejábamos en la niebla, ellos habían descubierto que podían tener un efecto similar, e incluso más potente, expulsando tinta negra en el ambiente. Producía un olor repugnante, pero se filtraba a través de la niebla y goteaba sobre la realidad.

No había una idea cerrada y clara de cómo luchar contra los calamares.

– Coop7B, vuelve – le dije.

– ¡Calamares! – respondió sin dar más explicaciones, como si la mera mención fuera a hacer que todos dejáramos lo que estábamos haciendo.

– Coop7B, la empalizada.

No me respondió. Pensé en explicarle que el objetivo era construir la empalizada no bloquear calamares, pero ese es exactamente el efecto de la tinta. Exactamente ese. Que yo no atacara a los calamares pero perdiera mi tiempo en explicarle a alguien que no había que atacarles, al menos no en ese momento. Era un efecto tóxico y vírico. Se replicaba muy fácil. Así que intenté concentrarme en lo que estaba haciendo y no perder a Coop7C, que por su parte parecía haber entendido lo que pasaba y estaba aplicado a la Atalaya con mayor velocidad si cabe. Unos cuatro minutos después el intercomunicador de Coop7B se apagó. Estaba fuera. Ese era el segundo efecto de la toxicidad. Te agotaba, te embargaba de impotencia y rabia porque los calamares no tenían ningún interés en nada que no fuera usarte para repetir su baba tóxica o discutirla. No importa. Reflejarla, una y otra vez.

– Coops 2 a 4, preparados para contención – dijo JefaCoop.

“Mierda”, pensé, “nos van a inundar”.

Efectivamente. Los calamares se colocaron encima de la Atalaya, que ya tenía unas estructuras más o menos sólidas e incluso ya irradiaba un poquito, y soltaron... yo que sé, toneladas de mierda humeante. Había de todo: falacias, hombres de paja, recortes de periódicos, imágenes exageradas o mentiras directas. JefaCoop desplegó a nuestros pedagógicos, que empezaron a limpiar a toda velocidad, refutando, aclarando, dando explicaciones. No era una estrategia para ganar, era como su propio nombre indica, una táctica de contención.

Los calamares no iban a quedarse mucho tiempo ahí. La prioridad era la Atalaya. Si hubiéramos acrecentado la pelea (y teníamos bastante munición para algo así) la Atalaya no habría resistido. Esta idea era inconcebible para la primera generación. En primer lugar no había calamares, en

segundo lugar la potencia era tan grande y la uniformidad de la niebla era tal, que no había nada que contener. Al contrario. La pelea era por ver cómo de grande era la capacidad de atracción, reflejo y desborde. Pero las reglas de hoy son las de hoy. Y por eso JefaCoop era Axtoria, porque era una generación 2 con la mente abierta. Si hubiera hecho falta habría pedido a algún influencia que nos reflejara para señalar el camino en la niebla hasta nosotros.

Al terminar la primera jornada de construcción la Atalaya era algo consistente, con muros razonablemente sólidos e incluso alguna ventana bonita. Consideramos la primera fase del trabajo terminada con relativo éxito y nos preparamos para la segunda fase, las guardias.

Yurxa vino a verme durante mi primer turno. Reconozco que me encantaba hacer esos primeros turnos. Eran tranquilos, veías a la gente acercarse, como puntitos de luz tenue a través de la niebla, formando filas o figuras. Se quedaban merodeando alrededor y algunos, si había energía suficiente, aprovechaban para salir de la niebla y flotar la exterior. Había quién no podía soportar la diferencia de intensidad cognitiva entre la fase 1 y la 2. En la niebla todo era rápido. Rápido, de hecho, es decir poco y explicarlo mal. En la niebla perdías la noción del tiempo. Era intenso e inmersivo y, a pesar de ello, un proceso extenuante que podía llevarte menos de dos horas. Al terminar tenías la cabeza acelerada y el cuerpo agotado. Las cefaleas, neuralgias y otras enfermedades relacionadas con la atención ya eran la norma entre nosotros. Había miembros de la primera generación que habían perdido el sentido del tiempo y tenían problemas cognitivos severos e incluso tumores. Con lo que había que saber desacelerar y había quién no podía. A mi no se me daba mal, supongo que porque sabía meditar, poner la mente en blanco... Esas mierdas que en lo espiritual no me decían nada, pero en lo físico eran mano de santo.

Me hizo ilusión ver a Yurxa a pesar de que, como casi siempre, se dedicó a molestarme.

– El problema es que una atalaya es una torre de guerra y vigía, no un sitio para vivir. Antes vale, antes era una puerta de salida, pero eso tenía sentido cuando íbamos a la niebla con un fin. Pero si ahora la niebla es el medio de vida para la mayor parte de la gente, igual necesitamos, no sé... Granjas, ciudades, pueblos.

– ¿Y quién los va a defender?

Quién hablaba era Axtoria. Yurxa y Axtoria no se llevaban muy bien. Yo creo que es porque no se conocían mucho.

– Pero ese sería otro problema – dijo Yurxa con entusiasmo – Yo no digo que no haga falta defenderse, digo que la niebla ha cambiado y que cada vez menos gente quiere pasar tiempo fuera. ¿Vamos a seguir construyendo atalayas para sacarlos a un sitio a donde no quieren ir? Mirad a vuestro alrededor, joder.

Desde el borde de la Atalaya se podía ver, como constelaciones de un cielo estrellado, nebulosas de imágenes y señales, a las millones de personas que estaban cerca habitando la niebla. Esa noche había un concierto organizado por una influencia con un avatar en tres dimensiones que se movía, interpretaba viejas canciones de Dua Lipa y Madonna y versiones de memes de la primera generación. Era, la verdad, un espectáculo precioso.

– La gente vive aquí. Os guste o no. Me guste a mí o no. Vive aquí. ¿Veis a los calamares?

En las inmediaciones del concierto había bandadas de calamares. Daban vueltas alrededor, sin acercarse del todo, en una actitud muy diferente a la agresividad que mostraban con nosotros.

– Dicen que hay calamares influencia – dijo Axtoria. Su tono destilaba tanta rabia como tristeza.

– Chorradas – dijo Yurxa – Los calamares siempre andan diciendo que son más grandes de lo que son. Pero ellos ya trabajan sólo pensando en la gente que pasa la mayor parte de su tiempo aquí, en la niebla.

– Por eso hay que hacer atalayas y sacarla.

– ¡Pero si tú pasas más tiempo aquí que en tu propia vida! – me dijo sonriendo. Era verdad.

– Esta es mi propia vida – dije con orgullo.

– Exacto.

Sentí que me había metido por mi cuenta en una trampa, así que decidí tocarle un poco las narices yo a ella.

– Para lo que te gusta decir que la gente vive aquí. Tú no entras ni con un palo.

Yurxa vivía en una comunidad analógica de mujeres cooperadoras. Eran 100% exteriores. Que estuviera aquí era una excepción por la Atalaya. Lo normal es que no estuviera. Al escucharme se encogió de hombros.

– Si tío, yo y las mías vivimos fuera. Es verdad. No se está tan mal fuera. Y cooperar es más sencillo.

– Fuera es lento, hace frío y no hay relato. Todo es... En fin. Una cosa pasa detrás de la otra. Hay veces que puedes ir a un sitio, que allí no haya lo que estás buscando y que tengas que volver. Sin cortes. Un momento seguido del siguiente.

– ¿Entonces para qué hacéis las atalayas? ¿No se trataba de que la gente saliera? ¿No se trataba de escapar?

– No. Se trataba de usar el poder que tenemos en la niebla ahí fuera. Y casi lo consiguen.

– Ese casi es la diferencia entre lo posible y lo imposible. Lo imposible siempre esta “casi” a punto de llegar.

La tercera generación no había llegado para ver “la fuga”. Llamamos fuga al momento en el que la primera generación estuvo a punto de salir del orden de la realidad analógica tal y como la

conocíamos. La segunda generación todavía vivió en una niebla y una realidad afectada directamente por esa fuga, pero nosotros no lo habíamos vivido directamente. Ahora parecía que era más bien al revés.

– Yo vivo ahora como habríamos vivido si hubiéramos conseguido fugarnos – dijo Yurxa – Estoy bien.

– ¿Y el resto? – dijo Axtoria, que había permanecido callada escuchando todo este tiempo – Eso es lo que me molesta de los exteriores. Tenéis fuerza para vivir mejor, pero el resto os da igual.

– Eso no es verdad. Hacemos muchas cosas. Yo quiero que todo sea mejor. Aquí y allí. Además, ¿qué te hace pensar que lo que estás haciendo tú aquí es más útil que lo que hago yo allí?

Axtoria no iba a soportar aquello. No el día que había montado una atalaya después de muchos meses de prepararnos. Nos hizo un gesto de despedida frustrada y se alejó.

– Te has pasado – le dije a Yurxa.

– ¡Ella ha cuestionado cómo vivimos!.

Lo dijo riendo, sin mucho enfado. Una especie de “yo no he empezado ésto” que en realidad era un poco mentira. Tampoco era cierto que hubiera venido a decirnos lo que teníamos que hacer, sino a verme a mí, pero a veces metía la pata.

Yurxa se quedó un rato más y luego se marchó de vuelta. Le hice una última broma para que me agradeciera que había una atalaya montada que le permitía salir. Cuando se marchó, me quedé solo e inquieto.

Decidí dar un paseo al terminar mi turno en la Atalaya y deambular un poco en la soledad interconectada de la niebla. Si me movía sin reflejar, simplemente lurqueando lo que hacían otros, era como un fantasma atraído por los destellos y las imágenes fugaces. Esa divagación por corrientes de imágenes y palabras que jamás se repetía, que me borraba la mente y la memoria hasta dejarlas en un estado casi de ruido blanco, me hacía sentir bien. Me gustaba la sensación de perder la noción del tiempo y encontrarme de pronto en un lugar que no imaginaba tras una especie de pestañeo mental. La elipsis, eso en el mundo exterior no existía.

Pasaba más tiempo allí que en cualquier otro lugar. Mi mejor amiga, a la que cada vez veía menos, vivía en una comunidad exterior que prácticamente no pisaba la niebla. La inmensa mayoría de la humanidad no era como ella ni como yo. Vivía entre. Entre la niebla y el exterior.

La primera generación actuaba en un mundo, con todo, más difícil en un sentido y más sencillo en otro. Era más minoritario, pero menos fragmentado, más claro. La niebla y el faro son también como son gracias a esa primera generación. El faro podría ser, no sé, un sitio donde sólo hubiera tinta, o donde sólo quién tuviera mucha energía exterior pudiera aparecer. Y no era así. Lo que era, por decirlo de una manera muy superficial, ... bueno. O, al menos, mejor. Pero no

era suficiente, ni garantizaba de por sí que las cosas no pudieran torcerse e ir mucho peor en algún momento del camino o también, supongo, ser otra cosa.

Si era totalmente honesto conmigo mismo, tampoco era cierto que yo en la niebla fuera sólo alguien que montaba y defendía atalayas. Mucho tiempo me lo pasaba sólo reflejando mis cosas o charlando con otros, a veces me gustaba acercarme a una influencia y disfrutar de algún espectáculo o informarme o hacía alguna de la multitud de cosas que se hacían en la niebla. Quizás era por ser mi primera atalaya, pero al verla terminada tuve una extraña sensación de orgullo y, a la vez, pensé que todo era poca cosa, demasiado pequeño, demasiado frágil, demasiado antiguo.

Cuando estaba volviendo a casa pude ver a Axtoria, sola, dando vueltas por las inmediaciones de la Atalaya. Supuse por su movimiento veloz y esquinado, la velocidad y la intensidad con la que estaba reflejando, que seguía enfada por lo sucedido con Yurxa. Pensé en no acercarme, pero no me hice caso a mí mismo. Quería hablar con ella. Había algo que me bullía en la cabeza. Me acerqué y le lancé un par de imágenes cariñosas para medir su estado emocional. Me respondió con imágenes similares y entendí que, con todo, no tendría problema en que sincronizáramos un rato para reflejar.

Entré en su flujo de contenido y me enganché a su memética. Era muy buena. Usaba el lenguaje con una versatilidad increíble, construía imágenes muy potentes hechas con muy pocas palabras y sabía el tempo y el tono con el que debían fluir los mensajes.

– Se lo que estás pensando – me dijo – Piensas si tu amiga no tendrá razón y lo que hacemos es inútil.

No dije nada.

– Yo lo pienso a veces. Cada vez más a menudo – dijo.

No me esperaba que fuera a decir eso y al oírlo me puse nervioso. No sabía qué decir, así que me quedé en silencio.

– Pero tampoco tengo ni idea de si lo que ellas hacen ahí fuera sirve para algo – dijo.

– Seguro que si – dije – Todo sirve.

Era una frase desprovista de ningún sentido y, en cierta medida, inútil. Como muchas imágenes que servían para reflejar. Un meme. Para eso podría haberle mandado directamente la imagen impresa en una taza o sobre la panza de un gato.

Estuvimos un rato en silencio hasta que yo conseguí expresar lo que creía que quería decir.

– ¿Y si lleváis razón las dos?

No dijo nada, pero sus movimientos y actitud eran de escucha.

- Es posible que necesitemos parte de lo que tienen en el mundo exterior aquí, pero la solución no es marcharse. Si no... no sé. Vivir aquí. ¿Qué se necesita para vivir aquí?
- No se puede vivir aquí. A veces se nos olvida que el Faro es un negocio. Vive de la atención. Si nos fuéramos, cerraría. La niebla se organiza para que de forma sistemática atendamos y reflejemos.

Era cierto. Tanto que era un negocio como que tendíamos a olvidarlo y pensar en ese lugar como si fuera otra cosa. Me quedé un rato pensando, intentando formar alguna idea en mi cabeza.

- Eso pasa también en el mundo exterior. También hay negocios y atención y todo eso. No funciona igual, pero... es lo mismo. O parecido.

Me sentí un poco avergonzado por no saber explicar bien lo que quería decir. Creo que no lo sabía. No era un pensamiento muy interesante, ni muy sólido, pero iba en una dirección.

- Quiero decir, si las atalayas servían a la primera generación para conseguir energía y atravesar el mundo analógico... ¿No sería posible hacer algo similar en dirección contraria? Vivir aquí como nos gustaría vivir en el mundo analógico.

Escuché algo parecido a una risa.

- Hace mucho que no me planteo cómo querría vivir en el mundo analógico. Creo que se me ha olvidado.
- Ya.

Estuvimos un rato más en silencio.

- Esa idea de tu amiga, de que aquí debería haber granjas y escuelas y todo eso... ¿Cómo sería?
- dijo Axtoria.
- No tengo ni idea. No creo que ella lo sepa.

Habíamos llegado a una zona especialmente brillante en la que cientos de chavales compartían imágenes de sus dibujos animados favoritos. Era un espectáculo lleno de cinética, color y goce. Me lo apunté para volver más a menudo.

- Quizás deberíamos investigarlo – insistió Axtoria – Pensar algo.

No dije nada. Me parecía una buena idea.

- ¿Tú te animarías a eso?
- ¿Yo?

Se había dado la vuelta y ahora me miraba directamente.

- Si, tú. La idea ha sido tuya. ¿No?
- Si.
- ¿Entonces?

Lo pensé un momento.

- La verdad – dije – creo que es algo que me gustaría mucho.

Dio dos vueltas en el interior de la niebla y me envió una imagen de un canguro bailando emocionado. Me reí. Pensaba que Axtoria era una persona muy seria. A veces, pensé, la niebla no nos deja ver a las personas.

- Mañana en la reunión lo proponemos.
- Supongo que tendría que irme al exterior, ¿no? A investigar un tiempo. A ... traducir.
- Igual no eres irónico, ni zasca, ni cooperador ni pedagógico. Igual eres traductor.

La idea me gustaba mucho.

- ¿Crees que al resto le parecerá bien?
- Seguro que si. No tenemos nada que perder.

Y era cierto. Nada en absoluto.

Texto: Guillermo Zapata Romero

Diseño y maquetación: Ana Méndez de Andrés Aldama

Licencia: Creative Commons Atribución – No Comercial – Compartir Igual

Imagen de portada: René Henri Digeon (1868), “*Coloured rings*”. Imagen de *Les phénomènes de la physique* de J. Silberman. Wellcome Collection vía The Public Domain Review, dominio público.

Tipo de letra: *Fanwood Text* y *Chunk*, The League of Moveable Type, licencia Open Font.